

*nationes, tremunt Potestates: cæli cælorum-
que Virtutes ac beata Seraphim socia exul-
tatione concelebrant.* Tercero y último, ora
y suplica el sacerdote sea aceptada y reci-
bida nuestra alabanza, diciendo: *Cum qui-
bus et nostras voces, ut admitti jubeas de-
precamur, supplici confessione dicentes.*

A mas de este comun Prefacio hay otros
especiales para ciertas festividades de ma-
yor solemnidad, que dan materia para ex-
citar á mayor devocion, proporcionada siem-
pre á la grandeza del misterio que se cele-
bra; y estos son en número de diez: 1.º El
de la Resurreccion de Nuestro Señor Jesu-
cristo. 2.º El de su Ascension. 3.º El de Pen-
tecostes. 4.º Natividad del Señor. 5.º Epifa-
nía. 6.º De los Apóstoles. 7.º De la Santísi-
ma Trinidad. 8.º De la Santa Cruz. 9.º De
Cuaresma ó ayuno. 10. De la bienaventu-
rada Virgen María. Como consta en los de-
cretos, cap. 70, *Distinct. Sanctorum Cano-
num, ex Concil. Placentino ab Urbano papa.*
Dejamos al arbitrio de nuestros lectores la
exposicion de lo que se añade en cada uno
de dichos Prefacios al comun Prefacio ya
expositado.

CAPÍTULO XII.

DE LA COMUN EXPOSICION DEL HIMNO, Ó SEA
DE LA ALABANZA DE LOS ÁNGELES Y DE LOS
HOMBRES, QUE PRINCIPIA SANCTUS, SAN-
TUS, SANCTUS.

Excitado el pueblo fiel por el Prefacio que
precede á confesar al Señor los milagros
que obra por este Sacramento, y supuesta
la súplica dirigida á Dios, á fin de que acep-
tara ó admitiera nuestras alabanzas mez-
cladas con las voces de los Ángeles, dispu-
so la Iglesia se cantara por el coro el him-
no que es comun de los Ángeles y de los
hombres, por la excelsa alabanza de la Tri-
nidad adorable. Concluido, pues, el Prefa-
cio empieza el coro á cantar:

Sanctus, Sanctus, Sanctus.

Sixto papa I instituyó, no sin motivo, se
cantara en dicho lugar este himno; pues
siendo justa la suplicacion que precede,
confia la Iglesia fue ya oida por Dios, á cu-
yo honor fue dirigida: por esto adapta el
himno de divina alabanza mezclada de las
palabras de los Ángeles y de los hombres.

Dividese, pues, este canto en dos partes
principales: la primera es la voz de los Án-
geles, y la segunda la de los hombres, que

comienza en *Hosanna in excelsis, pleni sunt...* La primera, que es alabanza angélica, se toma del capítulo vi de Isaias, en el que leemos: *Seraphim clamabant sub excelso Dei solio: Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus exercituum: plena est omnis terra gloria ejus.* La segunda, que es alabanza humana, se toma del evangelio de san Mateo, cap. xxi, y del xii de san Juan, en los que leemos: *Illi qui præibant, comitabantur et sequebantur Dominum venientem in Jerusalem... dicentes: Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nomine Domini, Hosanna in excelsis.* Se diferencian las dos partes de este himno, en que por la voz angélica se alaba la unidad de la divina Esencia y la trinidad de personas; y por la voz humana se alaba la union de la divinidad y humanidad de Cristo. Esta parte se subdivide en oracion, cuando decimos, *Hosanna in excelsis*; y en accion de gracias, cuando añadimos: *Benedictus qui venit...* por esto todo este canto se compone de tres partes, y tiene dos declaraciones.

Primera general: de Dios absolutamente considerado en sí mismo. Segunda especial: del sacramento de la Eucaristía. Dícese, pues, en la primera parte de la alabanza angélica *Sanctus* tres veces, para significar en Dios la trinidad de personas, una vez *Dominus Deus Sabaoth*, para con-

fesar la *esencia* ó *unidad* de la naturaleza divina. Como si dijera: Santo Padre, Santo Hijo, Santo Espíritu Santo, que los tres son un solo Dios... Ó tambien se repite aquel nombre tres veces, por las tres perfecciones que significa ser en Dios segun las tres interpretaciones de este mismo nombre: dos latinas y una griega. Pues, segun los gentiles, llámase *santo* lo que está establecido y firmado por ley, derivado del verbo *sancio, quod est firmiter statuo et ordino ab omnibus inviolabiliter observandum*, por lo que entre ellos las leyes se llaman *santas*; esto es, que firme y válidamente obligan al pueblo. Mas, segun los hebreos, *sanctum* se dice à *sanguine* como cosa teñida ó mezclada con sangre; por cuya razon dice el Apóstol: *Omnia in sanguine mundantur et sanctificantur secundum legem.* (Hebr. ix). Pues entre ellos ninguna cosa se llamaba *santa* que no estuviese mezclada con la sangre de la víctima, y á mas consagrada á Dios, sin que se aplicara á otros usos: motivo por que llamaban santos á los sacerdotes y vasos del templo, como si dijeran: *Teñidos con sangre.*

Tambien podemos considerar este nombre *sanctus* como derivado ó trasladado del griego *Agios*, que equivale á cosa *sin tierra* ó *separada de la tierra*; pues llámase santo á aquel que está separado de las in-

mundicias y actos terrenos ó negocios mundanos; por lo que leemos en el Levítico: *Sancti estote...* esto es, separados de la corrupcion. Es, pues, *sanctus* lo mismo que *firme*, *libre de toda imperfeccion*, y *elevado en gran manera de la tierra*: cuyas tres cosas convienen en especial á la naturaleza divina; pues ella es *firme*, siendo inmutable y eterna: *Ego Dominus et non mutor...* (Malach. ult.) *Libre de toda imperfeccion*, porque es perfecto por esencia: *Sanctus Dominus Deus noster.* (Levit. XIX). *Es elevado sobre todas las cosas de la tierra*, sin proporcion, por ser infinito: *Excelsus super omnes gentes Dominus...* (Psalm. CXII) por cuya razon se dice *Santo* tres veces, *etiam essentialiter.*

Mas, tomada personalmente, el Padre es Santo: *Pater Sancte serva eos...* (Joan. XVII). El Hijo es Santo: *Quod nascetur ex te Sanctum vocabitur...* (Luc. I). El Espíritu Santo lo es igualmente: *Accipite Spiritum Sanctum...* (Joan. XX). *Licet Dominus Pater, Dominus Filius, Dominus Spiritus Sanctus: tamen sicut dicit Athanasius, non tres Domini, sed unus Dominus: similiter non tres dii, sed unus Deus:* de quo Deut. cap. *Audi Israel: Dominus Deus tuus unus est.*

Dominus Deus Sabaoth.

Añádese el nombre hebreo *Sabaoth*, que se interpreta ejército de *virtudes*; pues que Dios es Señor de los *celestiales* ejércitos, de los Ángeles que se llaman *Virtudes*, y de los *terrestres*, que son los hombres viadores. *Tot exercitus Deus habet in terra, quot sunt hominum ordines in Ecclesia: totque in caelis, quot sunt Angelorum ordines* (Cant. VI); por esto es aclamado y bendecido por Señor Dios de los ejércitos.

Pleni sunt caeli et terra.

Llenos están los cielos y la tierra, Ángeles y hombres con tu gloria, que es la bienaventuranza eterna: aquellos en realidad y por posesion, estos en esperanza y promesa. Llenos están á la verdad por estar pacíficos y saciados, segun David: *Satiabor cum apparuerit gloria tua*; ó tambien puede decirse que están llenos los cielos por la vision beatífica, y la tierra por la revelacion de la fe, gloria de Cristo, y gloriosa noticia de su pasion, resurreccion y ascension: *In omnem terram exivit sonus Apostolorum praedicantium gloriam Christi.* (Rom. VIII). Puédese tambien entender de la presencia corporal de Cristo, que en el cielo es manifiesta, y en la tierra cubierta bajo las especies sacramentales; ó puede

entenderse de la presencia de su divinidad: *Caelum et terram ego impleo.* (Jerem. xxiii). Puede, finalmente, acomodarse esto tambien á su gloriosa gobernacion: *Quia attingit à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.* (Sap. viii).

Hosanna in excelsis.

En la segunda parte de este cántico, que es voz humana, se pone primero la oracion ó súplica con el verbo hebreo *Hosanna*, esto es; salvadnos; *in excelsis*, esto es, en los cielos en cuanto á las almas principalmente; pues para procurar esta salud á los hombres vino Cristo, y no para hacernos felices en la tierra en cuanto á los cuerpos. Sin embargo, despues del dia del juicio salvará tambien los cuerpos de los Santos: por esto se pone dos veces *Hosanna*, por las dos partes de la salud humana, que son la del alma y la del cuerpo; siendo su sentido: rogamos que nos salve *in excelsis*: primero, segun nuestras almas; luego, segun nuestros cuerpos; y se ha de notar que este versículo de humana alabanza tambien se encuentra en el salmo cxvii bajo otras palabras: *O Domine, salvum me fac...*

Benedictus qui venit in nomine Domini.

Manifestamos nuestro agradecimiento en accion de gracias por el beneficio de la En-

carnacion de Cristo. Bendito, pues, sea el Hijo de Dios que viene á nosotros segun la humanidad tomada: *In nomine Domini*, de Dios su Padre. *Ego veni nomine Patris mei...* (Joan. viii). Esto es, viene como su legado buscando su honor y gloria en todas sus palabras y obras. Y luego añade: «Yo no busco mi gloria, sino que honorifico á mi Padre...»

Segunda declaracion.

La especial y segunda exposicion de este cántico será en orden al sacramento de la Eucaristía, que se verifica inmediatamente por las palabras del *Cánon*, como despues diremos.

Sanctus...

Se dice *Sanctus* tres veces por la distincion de las divinas Personas, que todas singularmente han operado en este Sacramento, como en la Encarnacion de Cristo; pues la virtud del Altísimo, que es la potencia del Padre, imprimió en aquella Señora su misma y perfecta imagen, y esto mismo hace con el Sacramento de nuestra redencion. La sombra, pues, es la forma de la cara del que se mira en un espejo. El Espíritu Santo, sobreviniendo tanto en el útero de la Virgen, en el que este pan se ha compuesto, como en el sacramento de la Eucaristía, en el que

la sustancia del pan material se transustancia en el cuerpo de Cristo, lo perfecciona todo con su operacion. El Hijo es el que, teniendo todas las cosas impresas por el Padre y la perfeccion del Espíritu Santo, se unió tanto en el útero de la Virgen como en este Sacramento; por cuyo motivo nos dice: *Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus.* (Joan. vi).

Tambien podemos decir se pronuncia *Sanctus* tres veces, por las tres sustancias de Cristo de las que se compone este Sacramento, y son: *Antigua, nueva y eterna*, esto es, cuerpo, alma y divinidad, siendo santa cada una de ellas. Llámase sustancia *antigua* el cuerpo de Cristo, por ser tomada de la masa del antiguo cuerpo de Adán; y es santo, porque purificado y libre de todo pecado fue concebido por virtud del Espíritu Santo.

Llamamos sustancia *nueva* el alma de Cristo, porque fue de nuevo creada en la hora de su encarnacion: tambien se dice santa, porque en el mismo momento de su creacion fue llenada de toda su santidad; esto es, de toda gracia y sabiduría: *In quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae Dei.* (Colos. ii).

La divinidad de Cristo, sin duda alguna, *eterna*, es verdaderamente santísima: de cuya santidad el Hijo de Dios la recibió con

profusion, tanto en el cuerpo como en el alma, redundando por su santidad la copiosa santificacion á toda su Iglesia. *De plenitudine ejus omnes accepimus...* (Joan. i). *Ego pro eis sanctifico me ipsum...* (Joan. xvii).

Por esta razon se dice en este himno tres veces *Sanctus*, porque Cristo contenido en este Sacramento es *santo*, por la pureza de su carne; *santo*, por la gracia de su alma, y *santo*, por la excelencia de su divinidad, por no haber en Cristo mas que una persona.

Dominus Deus Sabaoth.

Añádese en singular: *Señor Dios de Sabaoth*; en cuyas palabras se significan tres cosas de las que depende el complemento de este Sacramento; esto es, *facultad, modo y virtud*. Pues en la palabra *Dominus* se manifiesta su *facultad* ó abundancia de riquezas: *Dominus dives est in omnes qui invocant eum modus in verbo.* (Joel, iii).

Deus, porque tiene sabiduría ó providencia del régimen de todas las criaturas, en especial de los hombres. *Tu autem Pater gubernas omnia providentia.* (Sap. xiv). *Ipse cura est de nobis.* (I Petr. v).

La *virtud* se manifiesta en la palabra *Sabaoth*; esto es, virtud para hacer milagros. Todos los ejércitos de la Iglesia triunfante y militante asisten en este Sacramento, ó

le administran: lo administra la Iglesia, y asiste la corte celestial, á fin de que con su virtud sean expelidos los demonios, y no impidan nuestro ministerio, que el cuerpo místico de Cristo se una con su Cabeza, cuya virtud proviene de él mismo, como dice el real Profeta: *Dominus virtutum ipse est Rex gloriæ...* (Psalm. xxiii).

Pleni sunt cæli et terra gloria tua.

Porque los Ángeles y los hombres bienaventurados, en cuya alabanza se ofrece este Sacramento, están llenos y saciados de su gloria por la vision de su divinidad y humanidad: tambien los hombres viadores están llenos de gloria; esto es, de su gracia; en cuyo auxilio y comida se hace este Sacramento. En el nombre de tierra se comprenden tambien los que existen en el purgatorio, á quienes igualmente sufraga este Sacramento, á fin de que llenos de su misericordia sean librados de sus penas.

Hosanna in excelsis.

Luego se añade la oracion *Hosanna*, por la que pedimos nos salve por la virtud de este Sacramento: *in excelsis*, en los cielos; porque no podemos conseguir nuestra salud sin la sangre de Cristo; como lo prueba Zacarias: *Tu autem in sanguine... ut omnes in hoc Sacramento sanguinis tui sal-*

ves in quo totius relucet operatio Trinitatis.

Benedictus qui venit in nomine Domini.

Decimos en accion de gracias: *Bendito el que viene en nombre del Señor*. Pues así como los Padres del Viejo Testamento, Patriarcas y Profetas, del mismo modo que los Padres del Nuevo, Apóstoles, Mártires y Confesores, aunque en diversos tiempos, con una misma fe bendecian á Cristo en su primera venida para ofrecerse en sacrificio de su pasion para todos; así tambien nosotros en la misma fe y accion de gracias es digno le recibamos que viene á nuestro altar para ofrecerse por nosotros con saludable sacrificio: por cuya razon cantamos con las turbas que le acompañaban diciendo: *Benedictus qui venit in nomine Domini. Bendito*, digo, no que por nuestra bendicion se haga él bienaventurado, ó se le añada algun bien, sino para confesarle y alabarle, ya que viene á nosotros lleno de toda bendicion: *Pater benedictionem omnium gentium dedit illi.* (Eccli. xlv). Y porque siendo él bendito, nos bendiga con toda espiritual bendicion. Así, pues, diciéndole *Bendito*, le damos gracias predicando sus alabanzas por los bienes que derrama sobre nosotros; y así bendito el que viene como en otro tiempo se ofreció una vez, que del

mismo modo nos lo representa todos los dias dicha oblacion en el altar, como dice David: *Benedictus Dominus die quotidie, prosperum iter ad salutem nostram faciat per suam oblationem nobis Deus salutarium nostrorum.*

Viene finalmente *in nomine Domini*; esto es, para manifestarnos el poder de su Señor: mientras por este Sacramento desde lo mas bajo nos eleva á lo mas alto, de nuestra pobreza nos realza á sus riquezas, y con su virtud nos preserva de la caída del pecado.

Hosanna in excelsis.

Se repite otra vez á su fin *Hosanna in excelsis*; por cuyas palabras pedimos nos salve en la segunda salud, ó sea en el fin del mundo, de la miseria de la pena, ya que por la gloria de su resurreccion nos salvó de la culpa con la gracia de su bendicion. *Suscitet in die judicii de pulvere egenum, et de stercore erigat pauperem: populum suum fidelem vel sedeat cum principibus illis caelestibus, et solium gloriae teneat in excelsis.* (I Reg. II).

Campanilla.

Toca el ministro la campanilla cuando el sacerdote principia este himno, ó sea al decir *Sanctus*... para excitar los ánimos de los

fieles asistentes á la devocion y recogimiento durante el sacrificio que en el acto va á ofrecerse.

CAPÍTULO XIII.

SOLUCION Á LAS OBJECIONES DE NUESTROS
PRETENDIDOS REFORMADORES CONCERNIENTES Á LA OBLACION Y ORACIONES SECRETAS.

Oracion de la liturgia latina.

Para entender lo que hace la Iglesia ofreciendo á Dios el pan y el vino, es preciso considerar no solo las oraciones que están dentro el Cónon de la Misa, sino tambien las llamadas *Secretas*, ó bien *Super oblata*, á causa que se dicen sobre las oblaciones, es decir, sobre el pan y sobre el vino, despues que han sido puestos sobre el altar.

Aquí, pues, se nos enseña que la Iglesia ofrece, á la verdad, el pan y el vino; pero no absolutamente y en sí mismos; porque en la nueva alianza ya no se ofrece á Dios cosas inanimadas, ni otra cosa sino al mismo Jesucristo: se ofrece, pues, el pan y el vino, para hacer de ellos su cuerpo y su sangre.

Esta oblacion se prepara desde el momento en que, elevando el pan y el cáliz que deben consagrarse, se suplica á Dios

reciba la ofrenda con agrado, la bendiga, la santifique, y, en fin, la consagre para hacer de ella el cuerpo y la sangre de su Hijo. Esta oracion se hace á menudo y en términos expresos en la oracion llamada Secreta; mas ella se hace todos los dias en la misma accion de la Consagracion, como veremos, donde se suplica á Dios «de bendecir, ratificar y hacer agradable en todo «y por todo esta oblacion; es decir, este «pan y este vino, á fin de *hacer* de ellos, «para nosotros, el cuerpo y la sangre de «Jesucristo su Hijo querido.»

Decimos que este cuerpo y sangre son hechos para nosotros en el mismo sentido de lo que dice Isaías, ix, 6: «Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado,» no para hacer entender, como pretenden los Protestantes, que los simbolos sagrados no sean hechos el cuerpo y sangre... sino para que comprendamos que se han *hecho* para nosotros en este misterio, del mismo que lo fueron, cuando concebidos y formados en el útero de la siempre Virgen María.

Es, pues, necesario entender aquí una especie de produccion del cuerpo y de sangre en la Eucaristía, tan verdadera y real como la que se hizo en María al momento de la concepcion y encarnacion del Hijo de Dios; produccion que le da en cierto modo un nuevo ser, por el cual él está sobre la

sagrada mesa tan real y veritablemente como estuvo en las entrañas de la Virgen; y como está actualmente en el cielo.

Se ve, pues, que la oblacion de pan y vino, que se hizo en la Secreta y demás oraciones que preceden á la Consagracion, no es mas que el principio del sacrificio: lo que se expresa tambien por esta oracion que se dice luego que los dones son puestos sobre el altar: «Venid, ó Dios santificador, todopoderoso y eterno, y bendecid «este sacrificio preparado á vuestro santo «nombre.» Lo mismo se indica por otras palabras en las Secretas, diciéndole, como muy á menudo se hace: «Os ofrecemos, ó «Señor, estas hostias que os deben ser dedicadas, que os deben ser inmoladas, que «os deben ser consagradas; *dicandas, immo-
«landas, sacrandas*» (Secret. Fer. 3 post dom. Pass. et Fer. 5), no porque ellas no estén ya en cierto sentido dedicadas, inmoladas y consagradas desde que se ofrecen sobre el altar, sino porque aguardan una consagracion mas perfecta cuando serán cambiadas en el cuerpo y en la sangre de Cristo.

Liturgia griega.

Esto mismo expresan los griegos en su liturgia cuando suplican á Dios, como nosotros, haga de este pan y de este vino el

cuerpo y la sangre de Jesucristo; lo que piden en estos términos: «Que este pan sea «*hecho* el propio cuerpo, y este vino la propia sangre de Jesucristo. Añadiendo: Que «esto se verifique por el Espíritu Santo.» (Lit. Basil. tom. 2 Append. p. 689). Por cuyas palabras nos marcan primeramente una accion verdadera, pues que ellos piden que el Espíritu Santo, quien es la virtud de Dios, opere en ella; y en segundo lugar un cambio muy real que haga del pan y del vino el *propio cuerpo* y la *propia sangre de Jesucristo*; pues estos son los términos mismos ó expresiones de que se sirven. Lo que tambien hizo decir á san Isidoro, discípulo de san Crisóstomo, y una de las lumbreras del cuarto siglo, que «El «Espíritu Santo es verdadero Dios, pues que «en el santo Bautismo es igualmente invocado con el Padre y con el Hijo; y que en «la mesa mística él es quien transforma el «pan y vino comunes en el cuerpo y en la «sangre del Hijo de Dios encarnado.» (Isid. Pelus. ep. 109, p. 34).

Debe notarse que como este cuerpo y esta sangre fueron formados la primera vez por el Espíritu Santo obrando en el útero de la santísima Virgen, segun lo confesamos en el Símbolo; se invoca aquí al Espíritu Santo para que los haga nuevamente, á fin de que entendamos no una accion im-

propiamente dicha, sino una accion física y tan real como la que se verificó en el misterio de la Encarnacion. En cuanto á lo demás, no puede dudarse que esta oracion, por la que se pide baje el Espíritu Santo, para hacer del pan el cuerpo, y del vino la sangre de Jesucristo, es antiquísima en la liturgia de los griegos; pues que se encuentra en San Cirilo de Jerusalem, autor del cuarto siglo, quien, despues de afirmar fue recibida por el comun uso de las iglesias, confirma su verdad diciendo: «Que lo que «el Espíritu Santo toca es cambiado y santificado» (Cat. 5 Mystag. p. 327), por donde nos manifiesta un cambio tan real, que el contacto y la accion es poderosa y eficaz.

Para mejor marcar el consentimiento del Oriente y del Occidente en esta doctrina, lo que los griegos han expresado por la oracion que acabamos de ver, lo expresan igualmente los latinos por estas palabras: «Oremos, hermanos míos, á Jesucristo con «afecto, que el que ha cambiado el agua «en vino cambie hoy en sangre el vino de «nuestras oblaçiones.» (Miss. Goth. 11, in diem Epiph.). Lo que atribuye en otro lugar al Espíritu Santo por estas palabras: «Ó Señor, que el Espíritu Santo, vuestro «cooperador coeterno, descienda sobre este «sacrificio, á fin de que el fruto de la tierra que os presentamos sea cambiado en

«vuestro cuerpo, y lo que hay dentro del «cáliz en vuestra sangre.» (Ibid. Miss. 12). Decimos ahora que todo esto es figurado; además de las razones generales que destruyen esta pretension, es introducir en la oracion, es decir, en el mas simple de todos los discursos, figuras las más violentas é inusitadas. La Iglesia ha siempre tenido un mismo lenguaje; lo que ella dice celebrando los misterios, lo dice igualmente consagrando el sacerdote que debe ofrecerlos; pues desde dicha antigüedad se suplicaba á Dios, como se hace aun, que él santificase á este ministro nuevamente consagrado, á fin de que este «transformara el cuerpo y la sangre de Jesucristo por «una pura é irreprensible bendicion.» (Miss. Goth. in ord. Presbyt.)

Este cambio, operado por el Espíritu Santo, del pan en cuerpo y del vino en sangre, fue la causa que este sacrificio fuese tenido como una especie de holocausto; es decir, como una víctima consumida por el fuego, porque en efecto el pan y el vino están consumidos por el Espíritu Santo como por un fuego divino y espiritual: lo que se expresa por esta oracion, que se encuentra en todos los antiguos Sacramentarios durante la octava de Pentecostes, como se recita hoy dia: «Os suplicamos, ó Señor, que «los sacrificios ofrecidos delante de vues-

«tra cara sean consumidos por este fuego «divino, del cual fueron abrasados los co- «razones de los Apóstoles.» (Fer. 2 in oct. Pentec.)

En este sentido es que el sacrificio del Nuevo Testamento es llamado alguna vez un holocausto; con esta diferencia, que el fuego que consumia las víctimas antiguas era un fuego que no podia dejar de consumir y destruir, y que en efecto consumia y devoraba de tal modo la hostia inmolada con los panes y licores que se ponian encima, que no quedaba ningun resto ni aun apariencia alguna; en lugar que el fuego que nosotros empleamos, es decir el Espíritu Santo, no consume sino lo que él quiere: de suerte que, sin cambiar nada exteriormente, porque no quiere dar cosa alguna á los sentidos, en un sacrificio que debe ser espiritual, él no consume mas que la sustancia, y aun no la consume simplemente para destruirla, como lo hace el fuego material, sino por ser un espíritu creador; no consume los dones propuestos sino para hacer alguna cosa mejor: este es el motivo por que se le suplica de bajar, como se ha visto, no simplemente para cambiar el pan y el vino, sino para hacer de ellos el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Esto mismo está expresado en la Secreta

que se dice aun en el día de la Epifanía, y que se encuentra en todos los antiguos Sacramentarios: «Ó Señor, recibid con ojos «favorables estos dones de vuestra Iglesia, «por los que se os ofrece, no oro, mirra ni «incienso, sino que se os ofrece é inmola lo «mismo que significaban tales regalos, es «decir, á Jesucristo Señor nuestro.» (Sacr. Greg. in Miss. Epiph.).

Es, pues, cierto que se ofrece, no la figura del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, sino la verdad misma de este cuerpo y de esta sangre: de lo contrario no habría mas que figuras y sombras, que sería contra el genio de la nueva alianza.

Lo que acabamos de ver en los mas antiguos Sacramentarios, ya romano como gótico, siendo este el que se usaba principalmente en los países ocupados por los godos: verémos ahora otro rito muy conforme á aquel, tan antiguo como venerable, que se llama mozarábico. Este es el que había puesto en orden san Isidoro de Sevilla, del cual se servía antiguamente una gran parte de España, y que aun guardan algunas iglesias de Toledo. En él se leen estas palabras, que conservan reliquias del espíritu de los siglos: «Nosotros, primeros vuestros indignos servidores y vuestros humildes sacerdotes, ofrecemos á vuestra tremenda Majestad esta hostia sin mancha,

«que el útero de una madre produjo por su «virginidad inviolable, que la honestidad ha «dado á luz, que la santificación ha concebido, que la integridad hizo nacer. Os «ofrecemos esta hostia que vive estando inmogada, y que se inmola viviendo; hostia que sola puede agradar, por ser ella «el mismo Señor.» (Miss. Mozarab. in Miss. Nat. Dom.).

Las iglesias se comunican las unas con las otras todo lo que tienen de mejor. Para mí, yo creo escuchar en esta oración ó un san Ambrosio, ó algun otro de una igual antigüedad, de una igual unción, de una igual piedad. Esta oración se decía despues de haber recitado los nombres de los que se habían recibido las oblações, y por los cuales se iban á ofrecer; y se declara en términos formales que lo que se iba á ofrecer por ellos era nada menos que el mismo Jesucristo.

De este modo quedan enteramente desvanecidas las dificultades opuestas por nuestros pretendidos reformadores sobre la Oblación y Secretas de este sacrosanto sacrificio. Pedimos, es verdad, por la Secreta del día de Navidad: «Que esta sustancia terreste nos dé lo que es divino;» pues que en efecto era esto en sustancia de pan y de vino lo que se presenta sobre el altar, para hacer de ellos lo que es divino, es decir, el

cuerpo y la sangre de Nuestro Señor. En lo que, como dije, el misterio de la Eucaristía tiene algo de semejanza con el de la Encarnación; pues que tanto en el uno como en el otro lo que es divino se nos comunica por el medio de una sustancia terrestre, es decir, la divinidad del mismo Jesucristo por el medio de una carne humana; y esta carne, donde la divinidad habita, por el medio del pan que se emplea para formarla, como en dicha oración está explicado. Por cuya razón no hay dificultad alguna en decir que este sacrificio es un sacrificio de pan y de vino, porque se hace de uno y de otro; un sacrificio, por consiguiente, según el orden de Melquisedec, en el que se ofrece aun pan y vino, como todos los Padres han creído que Melquisedec lo hizo, aunque Jesucristo haya en él añadido su cuerpo y su sangre; lo que Melquisedec no pudo hacer, por ser el suyo solo figura del nuestro: motivo por que añado, digo, su cuerpo y su sangre, que son la misma verdad, pero que aun esconde bajo las apariencias de pan y de vino, á fin de que la verdad conserve aun alguna cosa de la figura que tenía.

SEGUNDA PARTE DE LA MISA.

CAPÍTULO XIV.

DE LA PRIMERA ORACION DEL CÁNON.

Antes de entrar en la explicación de esta segunda parte, cuyos signos y palabras denotan, como dije en otro lugar, la pasión y muerte de nuestro adorado Redentor, no será inoportuno manifestar el motivo por que se llama *Cánon* toda esta parte de la Misa.

Cánon equivale á regla: usa la Iglesia de esta palabra para significar que el *Cánon* de la Misa es una regla fija, según la cual se ha de celebrar el sacrificio del Nuevo Testamento. Walfrido y otros llaman al *Cánon accion*, por cuanto en él se hacen los Sacramentos del Señor: *Actio dicitur ipse Canon, quia in eo Sacramenta dominica conficiuntur. Canon vero eadem actio nominatur, quia in ea est legitima et regularis Sacramentorum confectio.* (Walfrid. De rebus ecclesiast. cap. 22). Motivo por que á la oración *Communicantes* se le da el título de *Infraccionem*.

Empieza el *Cánon* de la Misa en la oración *Te igitur clementissime Pater*; cuya oración llega hasta *hanc igitur oblationem*;